

dicar, con su *Oración*, la intrínseca «utilidad» de unos estudios y disciplinas que, si pautaron la grandeza pretérita de la nación, no cree puedan ser soslayadas en el intento de remontar el curso de una decadencia en ningún momento negada⁴.

Así, el mismo rasgo diferencial que Forner insistía en señalar para su *Oración* en el momento de presentarla al público, queriendo distanciarse de los escritos apologéticos que en los meses anteriores habían salido al paso de las afirmaciones de Masson de Morvilliers, provocando encontradas reacciones en los círculos ilustrados, se convertía en verdadera piedra de toque de la polémica recepción de la obra. Y es a través de él, y de las implicaciones que contrae a lo largo de sus páginas, como cabe reconocer en la apología forneriana esa *nacionalización* de la polémica que Maravall señalara en los escritos de Cadalso; una apología que se inicia, tras advertir que no debe ser entendida como mera «declamación o sátira de español ardiente y acalorado, según el estilo vulgar, contra los extranjeros», con la airada protesta por «las calumnias con que nos denigran», pero que no tarda en dirigir un duro reproche a la que denomina, no sin ironía, su «sabia España», cuyo «descuido» e «ingratitude» ha oscurecido con «tinieblas vergonzosas» (p. 143) la memoria de quien encarna vivamente la tradición de aquella «sabiduría útil» que constituye el *modo de ser y de saber* de la nación: Juan Luis Vives, en quien vienen a concretarse las inquietudes que manifestaba en el prólogo al preguntarse:

¿Por qué la exposición de lo que hemos sido no servirá también para despertar la emulación de los que hoy vivimos, a vista del camino que nos allanaron las tareas de nuestros mayores, y de los grandes ejemplos que nos convidan a la imitación?... Harto más glorioso es erigir ilustres monumentos a la memoria de los grandes hombres de cuya mano hemos recibido los documentos de la verdad y de la virtud, que pasar el tiempo en la triste y oscura ocupación de reprehender lo que otros hacen, pudiendo emplearse más provechosamente y con menos disgusto en dar buenos ejemplos para la enseñanza. Los elogios del mérito son el mejor y más vivo incitamento de las virtudes y de la aplicación. Para este fin se han establecido en todas las naciones que han querido poseer ciudadanos sabios y virtuosos (pp. xv-xvi).

La «exposición de lo que hemos sido» para «emulación de los que hoy vivimos»: el obligado impulso de desagravio frente a los «extranjeros» no empaña, en la *Oración Apologética*, su naturaleza de reflexión crítica orientada también a «los de dentro», donde la particularidad del *modo de saber* de la nación no se ilustra históricamente a modo de simple tapaboca de la «maledicencia» de más allá de «los Alpes y los Pirineos», sino como necesario instrumento de reforma para un presente en que se invita a la nación a vislumbrar la senda de su futuro a la luz de su pasado. Un pasado en el que Forner ve destacarse con fuerza una poderosa tradición de «ciencia útil» que recorre ininterrumpidamente la historia de España hasta la

⁴ Véase J. A. Maravall, «El principio de utilidad como límite de la investigación científica en el pensamiento ilustrado», originalmente en *Historia y Pensamiento*. Homenaje a Luis Díez del Corral, Madrid, *Endema*, 1987, pp. 223-236, y ahora en [1991], pp. 476-488. Asimismo, J. Sarrailh [1957], pp. 174 y ss.

plenitud del siglo XVI, y que dibuja, en su permanencia, las claves de un *modo de ser* que se quiere estímulo para la prosecución de una tarea que alcanza hasta los últimos destellos del «ejemplo» que instruyera Vives con su pensamiento y su obra, cuyo apasionado recordatorio propicia la introducción de un concepto que no ha merecido, en el marco de la *Oración*, la suficiente atención, y que Forner esgrime —amparándose en la introducción que Bernardo Trevisano antepusiera a las *Riflessioni sopra il buon gusto* (1708) de Muratori— reivindicando su genuina ascendencia española, y queriendo vincularlo así históricamente a aquella «sabiduría útil» que es objeto de la apología: el *Buen Gusto*:

Ni las reformas o aumentos de las ciencias se ejecutan tampoco con la conveniente solidez sin la posesión de ese círculo amplísimo en que, eslabonadas todas, enseñan en la conexión las sendas que ha seguido el entendimiento para hallarlas, y por sus fines los modos con que han de tratarlas o la necesidad o la conveniencia... ¿Carecería del conocimiento de toda la Enciclopedia o ciencia universal el grande, el inmortal Vives, aquel expugnador inflexible de los abusos, sagacísimo escudriñador de cuanto superfluo, vano, desordenado, pernicioso han metido en las ciencias el descuido o la sofistería; promovedor infatigable de la utilidad; verdadero y primer padre de la restauración, a cuyos desengaños, no aprendidos en la entonces bárbara París o tenebrosa Bolonia, sino sacados del inestimable fondo de su prudencia, es deudor el entendimiento de cuantos progresos sólidos ha hecho después el estudio de la verdad? La expresión del buen gusto nació en España, y de ella se propagó a los países mismos que, teniéndola siempre en la boca e ignorando de dónde se les comunicó, tratan de bárbara a la nación que promulgó con su enérgico laconismo aquella ley fundamental del método de tratar las ciencias (pp. 99-101).

Dedicándole seguidamente una larga nota a pie de página donde éste que denomina «laconismo feliz, que bien entendido, basta para juzgar rectamente de todo género de cosas en el ejercicio de la vida» (p. 186), es definido a modo de necesaria «rectitud de tino» y «capacidad de discernimiento de lo mejor» que precisa, junto con «los halagos de la belleza», del imprescindible fundamento de «la verdad y la bondad, que son las otras dos partes principales que componen esto que se llama *buen gusto*... sin bondad, sin verdad y sin belleza no hay buen gusto en nada» (pp. 187-188). Pasajes en los que resuena con nitidez el eco de las páginas de las *Reflexiones sobre el buen gusto* en que Muratori —explícitamente invocado por Forner— definía dicha facultad como aquel «discernimiento de lo mejor» que en las Ciencias y en las Artes, así como «en las más imperceptibles menudencias estudia y examina con atención los yerros y defectos para evitarlos, y lo más perfecto y delicado para seguirlo y abrazarlo»⁵, y que, en consecuencia:

Consiste en saber buscar por medios proporcionados lo bueno, y lo verdadero, y proponerlo en términos que puedan obrar con toda la fuerza, que naturalmente tienen en el corazón del hombre: porque también sucede muchas veces que una verdad útil e importante no produzca efecto alguno por el desaliño con que se presenta (p. 19),

⁵ Citaremos siempre por la traducción «libre» llevada a cabo por J. Sempere y Guarinos en [1782]. La cita, en p. 15.

revelándose, así, como imprescindible requisito, en las «obras públicas, o de Literatura, o de las Artes», por cuanto «quedando expuestas a la censura del público y de los siglos venideros, son ellas por las que regularmente se forma el juicio bueno o malo del genio o aplicación de las Naciones» (p. 16). Un Buen Gusto que, entendido como «la idea de lo bueno, de lo mejor y de lo bello», se revela de primordial importancia en «los progresos de la sabiduría», y que ha de formarse atendiendo a la necesaria «correspondencia» que debe reinar entre lo que Muratori denomina *Filosofía* —aquella facultad que «inquieta, contempla y enseña las proporciones, las razones y las causas de las cosas y de las acciones, y de los movimientos tanto espirituales, como animales, y de los puramente materiales» (p. 23)— y *Erudición* —cualidad que ha de permitir «conocer todas las cosas y sus efectos, cuales son las acciones de los hombres de diferentes tiempos y lugares, los lugares mismos, el temperamento, inclinaciones y costumbres de los pueblos, las opiniones del vulgo y de los Literatos» (p. 23)—. Complementándose recíprocamente, ambas deben encaminarse a la *verdad*, y su correcto equilibrio —garantía de la justa proporción entre razón y experiencia— es principio indispensable de un Buen Gusto que no se queda en el estadio de cualidad genéricamente sensitiva o perceptiva, sino que, íntimamente ligada a la esfera intelectual, emerge como aquella síntesis armónica de razón y experiencia, aquel justo medio racional que, armado de fino espíritu crítico, traza el camino del óptimo ejercicio de cualquier actividad humana.

Con ello, Muratori marca en sus *Reflexiones* la pauta de aquel concepto dieciochesco de «Buen Gusto» que, desbordando los límites estéticos, se concibe como esforzada capacidad de discernimiento de lo mejor en el orden intelectual, y que si, como ha estudiado ampliamente Antonio Mestre, toma temprano vuelo en España entre Martí, Mayans y los ilustrados valencianos —quienes apelarán en incontables ocasiones a este genérico *buen gusto* al que otorgan, como apuntara François Lopez, «une signification bien précise: il s'agit d'une capacité acquise ou innée (le plus souvent acquise, car les *ilustrados* valorisent généralement l'étude) de discerner l'à-propos et la convenance dans les ouvrages de l'esprit»⁶, y sobre el que Mayans asentará su incansable actividad reformadora—, hallará en las últimas décadas del siglo uno de sus más conspicuos mantenedores en Juan Pablo Forner, singularmente a través de su controvertida *Oración Apologética*. En ella, el *buen gusto*, reivindicado en su ascendencia muratoriana, se desvincula explícitamente de su concepción meramente estética, al reclamar la importancia de la *verdad* y la *bondad* como constituyentes esenciales, desde las que arremete contra aquel «buen gusto» que las naciones aplican superficialmente a sus «estilos», soslayando el necesario «decoro» que pasa por la consideración de lo «bueno» y «verdadero» (p. 187), y desde las que

⁶ Cf. François Lopez [1976], p. 174. Véase el extenso estudio del profesor Mestre acerca de «Muratori y la cultura española», en La fortuna di L. A. Muratori, Firenze, Leo S. Olschki Editore, 1975, pp. 173-220, y posteriormente reproducido en [1978], pp. 25-97, así como las observaciones de Romà Ribes en [1984]. Para su amplitud de acepciones a lo largo del siglo, véase Pedro Álvarez de Miranda [1992], pp. 491 y ss.